Giorgio Agamben

La locura de Hölderlin
Crónica de una vida habitante
1806-1843

A.hache

Advertencia 11

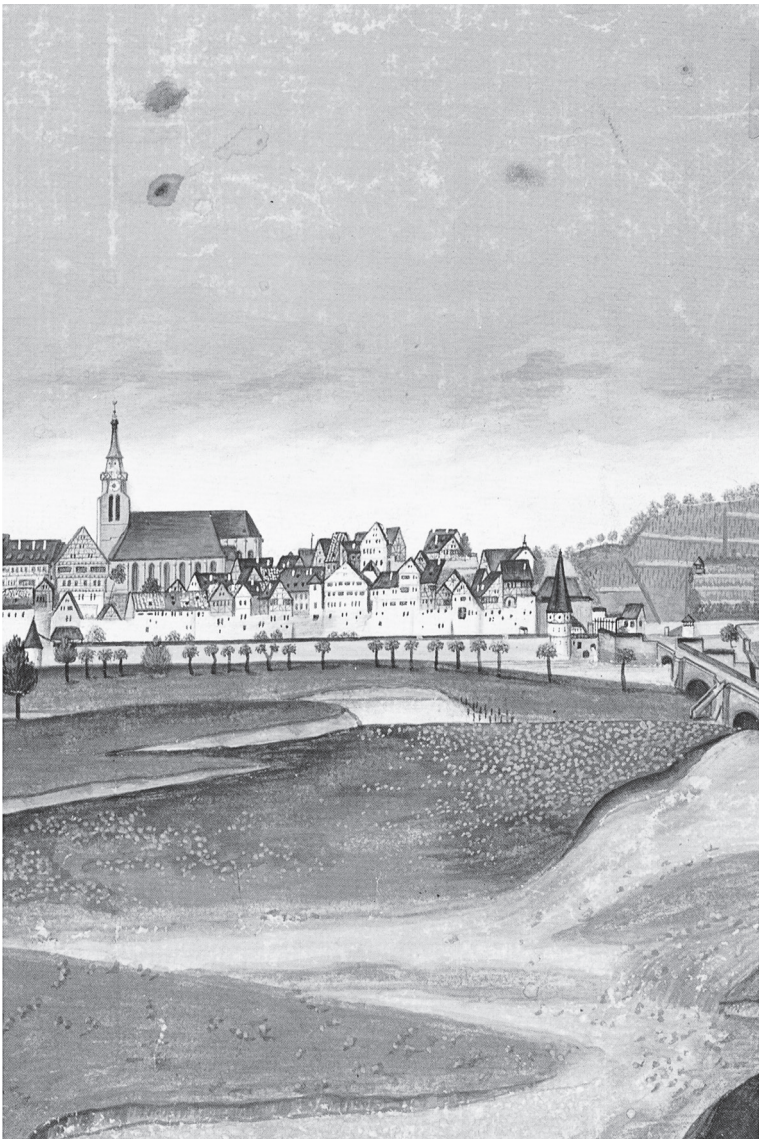
Umbral 13
Prólogo 22
Crónica (1806-1843) 75
Epílogo 269

Lista de libros pertenecientes a Hölderlin en la casa de Nürtingen 299
Bibliografía 303
Listado de imágenes 306

↑ Retrato de Hölderlin a los dieciséis años, dibujo a lápiz de color, 1786, Stuttgart, Württembergische Landesbibliothek, Hölderlin Archive.

Nota de los traductores

Para la traducción de los poemas de Friedrich Hölderlin hemos cotejado y tenido en cuenta la edición bilingüe alemán-italiano *Le Liriche*, al cuidado de Enzo Mandruzzato, Milán, Adelphi, 2014. También las siguientes ediciones bilingües alemán-castellano: *Poesía completa*, trad. de Federico Gorbea, Barcelona, Ediciones 29, 1995; *Poemas*, trad. de Eduardo Gil Bera, prólogo de Félix de Azúa, Barcelona, Lumen, 2012; *Poemas de la locura*, trad. de Txaro Santoro y José María Álvarez, Madrid, Hiperión, 1982; *Las grandes elegías (1800-1801)*, traducción y ensayo preliminar de Jenaro Talens, Madrid, Hiperión, 2011. Para los intercambios epistolales: Friedrich Hölderlin, *Correspondencia completa*, introducción y traducción de Helena Cortés Gabaudan y Arturo Leyte Coello, Madrid, Hiperión, 1990. Para los ensayos: Friedrich Hölderlin, *Ensayos*, traducción, presentación y notas de Felipe Martínez Marzoa, Madrid, Hiperión, 1976. Por último, Martin Heidegger, *Aclaraciones a la poesía de Hölderlin*, trad. de Helena Cortés y Arturo Leyte, Madrid, Alianza Editorial, 2005.



↑ Anónimo, *Vista de la ciudad de Tubinga*, acuarela y témpera, mediados del siglo XVIII. La torre de Hölderlin es la primera a la izquierda. Marbach am Neckar, Schiller-Nationalmuseum.

Hölderlin considera [...] a sus cuarenta años,
es decir, pleno de tacto, perder la humana razón.
- Robert Walser

Su casa es una divina locura.
[*Dem/Sein Haus ist göttlicher Wahnsinn.*]
- Friedrich Hölderlin,
traducción de *Áyax* de Sófocles

Cuando a lo lejos va la
vida habitante de los hombres...
- Hölderlin,
"La visión"

De venir,
De venir un hombre,
De venir un hombre al mundo hoy, con
la barba de luz de los
patriarcas: debería,
si hablase de este
tiempo,
debería
solo balbucir y balbucir
siempre, siempre,
- a, a.

("Pallaksch. Pallaksch.")
- Paul Celan, "Tubinga, enero"

Advertencia

Los documentos para la crónica de la vida de Hölderlin fueron tomados principalmente de las siguientes recopilaciones:

Friedrich Hölderlin, *Sämtliche Werke*, *Grosse Stuttgarter Ausgabe*, F. Beissner y A. Beck (eds.), vol. VII, *Briefe-Dokumente*, t. 1-3, Stuttgart, Cotta-Kohlhammer, 1968-1974.

Friedrich Hölderlin, *Sämtliche Werke*, *Kritische Textausgabe*, D. E. Sattler (ed.), Luchterhand, vol. IX, *Dichtungen nach 1806. Mündliches*, Darmstadt y Neuwied, 1984.

Adolf Beck y Paul Raabe (eds.), *Hölderlin. Eine Chronik in Text und Bild*, Fráncfort del Meno, Insel, 1970.

Gregor Wittkopp (ed.), *Hölderlin. Der Pflegsohn. Texte und Dokumente 1806-1843 mit den neu entdeckten Nürtinger Pflegschaftsakten*, Stuttgart-Weimar, J.B. Metzler, 1993.

La cronología histórica que ha sido yuxtapuesta a la vida de Hölderlin para los primeros cuatro años (1806-1809) procede esencialmente, en lo que concierne a la vida de Goethe, de *Goethes Leben von Tag zu Tag. Eine dokumentarische Chronik*, vols. 1-8, Zúrich, Artemis Verlag, 1982-1996. Hemos

preferido interrumpir la cronología histórica en 1809 porque nos pareció que la contraposición con la *vida habitante* de Hölderlin quedaba de ese modo suficientemente ejemplificada. El lector que así lo deseare puede continuar hojeándola en la ya citada *Goethes Leben von Tag zu Tag* o en otro atlas histórico cualquiera.

Umbral

En el ensayo "Der Erzähler" ["El narrador"], Walter Benjamin define la diferencia entre el historiador, que escribe la historia, y el cronista, que la relata, en los siguientes términos:

> El historiador se halla forzado a explicar de alguna manera los sucesos que lo ocupan; en ningún caso puede limitarse a presentarlos como ejemplos del curso del mundo. Eso es precisamente lo que hace el cronista, y más expresamente aún, su representante clásico, el cronista medieval, que fuera el precursor de los historiadores modernos. Por estar la narración histórica de tales cronistas basada en el plan divino de la salvación, que es en sí inescrutable, estos se desembarazaron de antemano de la carga que significa la explicación demostrable. En su lugar aparece la interpretación [*Auslegung*], que no se ocupa de una concatenación exacta de acontecimientos determinados, sino de la manera en que estos se inscriben en el gran curso inescrutable del mundo.

El hecho de que el curso del mundo esté luego determinado por la historia de la salvación o sea puramente natural no supone para el cronista diferencia alguna.

La lectura de los numerosos libros que nos han llegado desde finales de la Edad Media bajo la rúbrica de "crónica", algunos de los cuales tienen ya sin duda un carácter histórico, confirma estas consideraciones y sugiere integrarlas, haciendo algunas precisiones. La primera de ellas es que una crónica puede contener una explicación de los sucesos que relata, pero esta última se encuentra por regla claramente separada de la narración de los hechos como tales. Mientras que en un texto sin duda alguna histórico como la *Crónica* de Matteo Villani (de alrededor de mediados del siglo XIV), la narración y la explicación de los hechos avanzan en estrecha relación, en la crónica contemporánea de los mismos hechos escrita en romano vernáculo por un cronista anónimo, estos elementos se hallan expresamente separados, y la separación es tal que confiere a la narración su vívido e inconfundible carácter de crónica:

> Corría el año del Señor MCCCLIII, en Cuaresma, un sábado de febrero. Una voz se levantó de repente por el Mercado de Roma: "¡El pueblo, el pueblo!", los romanos al oír los gritos corren desde aquí y desde allá, encendidos con el peor furor. Arrojan piedras al palacio: toman las cosas, en especial, los caballos del senador. Cuando el conde Bertoldo Orsini sintió el ruido, pensó en salvarse y resguardarse en la casa. Se pertrechó con todas las armas, el yelmo reluciente en la cabeza, espuelas en los pies como un barón. Bajó los escalones para montarse al caballo. Los gritos y el furor se vuelcan contra el desventurado senador. Le llueven muchas piedras desde arriba como hojas que caen de los árboles. Unos lo golpeaban,

> otros lo amenazaban. Aturdido el senador por los múltiples golpes, no alcanzó a cubrirse bajo sus armas. Mas pudo aún llegar a pie al palacio, donde estaba la imagen de Santa María. Una vez allí, por las muchas piedras que le habían llovido, las fuerzas le fallaron. Entonces el pueblo sin misericordia ni ley en ese lugar le dio fin, apedreándolo como a un perro, arrojándole piedras a la cabeza como a San Esteban. Allí el conde dejó esta vida excomulgado. Sin hacer gesto alguno. Fue abandonado, muerto, y toda la gente regresa a sus casas (Seibt, p. 13).

Aquí la narración se interrumpe y, separándola claramente por una incongruente frase en latín, el cronista introduce una fría y racional explicación: "La causa de tanta severidad fue que estos dos senadores vivían como tiranos. Allí había hambre, porque mandaban el grano por mar fuera de Roma"; pero esta explicación es tan poco vinculante que el cronista le agrega otra de inmediato, según la cual la violencia del pueblo era un castigo por la violación de "las cosas de la Iglesia" (ibíd.). Mientras que a ojos del historiador cada suceso lleva una marca que lo remite a un proceso histórico que es el único donde encuentra su sentido, las razones dadas por el cronista solo sirven para permitirle tomar aliento antes de recomenzar el relato, que en sí no necesita de ellas en absoluto.

La segunda precisión tiene que ver con la "concatenación" cronológica exacta de los acontecimientos, que el cronista en realidad no ignora, pero que tampoco se limita a insertar en el contexto de la historia natural. Así, en el

ejemplo que Benjamin pone de *Schatzkästlein des rheinischen Hausfreundes* [*El cofrecillo de tesoros*] de Johann Peter Hebel, la maravillosa historia del encuentro de la mujer ya envejecida con el cadáver de su joven prometido que el hielo ha conservado intacto, se inserta en una serie temporal en la cual los hechos históricos y los naturales se yuxtaponen: el terremoto de Lisboa y la muerte de la emperatriz María Teresa, el girar de las muelas de los molinos y las guerras napoleónicas, la siembra de los campesinos y el bombardeo de Copenhague se colocan en un mismo plano. Del mismo modo las crónicas medievales dividen el decurso de los hechos históricos, ya sea con las fechas de *Anno Domini*, ya sea con el ritmo de los días y de las estaciones: "ahora se hace el día", "a la caída del sol", "era entonces la vendimia. La uva estaba madura. La gente la pisaba". Los sucesos, que estamos acostumbrados a privilegiar como históricos, en la crónica no gozan de un rango distinto al de los que adscribimos a la esfera insignificante de la existencia privada. Sin embargo, es distinto el tiempo en el cual la crónica ubica los sucesos. Este no se construye, como el histórico, a través de una cronografía que lo ha extraído de una vez por todas del tiempo de la naturaleza. Es, más bien, el mismo tiempo el que mide el discurrir de un río o el sucederse de las estaciones.

Ello no significa que los hechos relatados por el cronista sean sucesos naturales, sino que estos parecen cuestionar la propia oposición entre historia y naturaleza. Entre la historia política y la historia natural, el cronista insinúa un tercero, que no parece estar en el cielo ni en la Tierra, pero

que lo observa desde muy cerca. El cronista de hecho no diferencia las acciones de las personas (las *res gestae*) del relato de estas (la *historia rerum gestarum*), como si el gesto del narrador formara parte de pleno derecho de las primeras. Por ese motivo a quien lo lee o lo escucha no se le puede ocurrir preguntarse si la crónica es verídica o falsa. El cronista no inventa nada y, a pesar de ello, no necesita verificar la autenticidad de sus fuentes, a lo cual, en cambio, el historiador no puede renunciar en ningún caso. Su único documento es la voz: la propia y la de quien a su vez le hizo escuchar la aventura, triste o alegre, que está refiriendo.

El recurso a la forma literaria de la crónica tiene, en nuestro caso, un significado ulterior. Como de forma profética el título del poema "Hälfte des Lebens" ["Mitad de la vida"] parece sugerir, la vida de Hölderlin se divide en dos mitades exactas: los treinta y seis años que van desde 1770 hasta 1806 y los treinta y seis entre 1807 y 1843, que Hölderlin pasa en calidad de loco hospedado con su casero, el carpintero Zimmer. Si en la primera mitad el poeta, que, si bien temía estar demasiado alejado de la vida común, vive en el mundo y participa en la medida de sus fuerzas en los acontecimientos de su tiempo, la segunda mitad de su existencia transcurre totalmente fuera del mundo, como si, a pesar de las visitas esporádicas que recibe, un muro la separase de toda relación con los sucesos externos. Es sintomático que cuando un visitante le pregunta si está contento con lo que ocurre en Grecia, él solo responde, según una escena ya habitual: "Sus Majestades Reales, a eso no debo, no puedo responder". Por razones que quizá

al final resultarán claras para quien esto lee, Hölderlin decidió sustraer todo carácter histórico de las acciones y de los gestos de su vida. De acuerdo con el testimonio de su biógrafo más antiguo, Hölderlin repetía obstinadamente: *Es geschieht mir nichts*, cuya traducción literal es "no me sucede nada". Su vida solo puede ser objeto de una crónica, no de una investigación histórica ni mucho menos de un análisis clínico o psicológico. La constante publicación de nuevos documentos sobre aquellos años (en 1991 se produjo un importante hallazgo en los archivos de Nürtingen) tiene en este sentido un carácter incongruente y no parece añadir nada al conocimiento que de ellos podamos tener.

Aquí se confirma el principio metodológico por el cual el tenor de verdad de una vida no puede definirse exhaustivamente con palabras, sino que de algún modo debe permanecer oculto. Este más bien se presenta como el punto de fuga infinito donde convergen los múltiples hechos y episodios, los únicos que pueden formularse de forma discursiva en una biografía. El tenor de verdad de una existencia, aun cuando es informulable, se manifiesta constituyendo esa existencia como "figura", o sea como algo que alude a un significado real pero encubierto. Solo en el punto en que percibimos en este sentido una vida como figura, todos los episodios en los que esta parece consistir se componen en su contingente verosimilitud, es decir, deponen toda pretensión de tener la capacidad de proveer un acceso a la verdad de esa vida. En su metódico mostrarse como no-vía, *a-methodos*, sin embargo, estos episodios indican con precisión la dirección que la mirada

del investigador debe seguir. De esa manera, la verdad de una existencia demuestra ser irreductible a los sucesos y a las cosas a través de los cuales se presenta ante nuestros ojos, que por ende deben contemplar, sin separarse por completo de tales sucesos y cosas, aquello que en esa existencia es solo figura. La vida de Hölderlin en la torre es la implacable verificación de este carácter figural de la verdad. Aunque parezca transcurrir a través de una serie de sucesos y de hábitos más o menos insignificantes, que los visitantes se obstinan en describir minuciosamente, en verdad nada puede sucederle: *Es geschieht mir nichts*. En la figura, la vida es puramente cognoscible y, por ello, nunca puede convertirse, como tal, en objeto de conocimiento. Exponer una vida como figura, según tratará de hacerlo esta crónica, significa renunciar a conocerla para mantenerla en su inerme, intacta cognoscibilidad.

De aquí la elección de yuxtaponer ejemplarmente la *crónica* de los años de la locura a la cronología de la *historia* contemporánea de Europa (también en sus aspectos culturales, de los cuales Hölderlin –al menos hasta la publicación en 1826 de sus *Gedichte* [*Poesías*] al cuidado de Ludwig Uhland y Gustav Schwab– es excluido por completo). Será el lector quien deba decir si la crónica es más verdadera que la historia y en este caso –y tal vez en general– en qué medida lo es. De cualquier modo, su verdad dependerá esencialmente de la tensión que, al alejarla de la cronología histórica, hace imposible a largo plazo su remisión al archivo.

Bureau
Des Passe-Ports
Régistre N°
SIGNALEMENT
Agé de
Taille d'un mètre
Cheveux
Sourcils
Visage
Front
Yeux
Nez
Bouche
Menton
Signature du Porteur
N. B.

Commissariat - Général
De Police de Bordeaux
POLICE DE BORDEAUX
Bordeaux, le
de la république Française, une et indivisible.
Le Commissaire-Général de Police
de Bordeaux, invite les autorités civiles et militaires de la république, à laisser passer et librement circuler de Bordeaux à
Délivré sur le Registre N° du
Fait au Commissaire-Général de Police de Bordeaux, le
Le Chef du Bureau
Le Commissaire-Général de Police,
Le Secrétaire Général
Visé le

↑ Salvoconducto de la policía de Burdeos, 1802. Stuttgart, Württembergische Landesbibliothek.

Prólogo

Hacia mediados de mayo de 1802, Hölderlin, quien por razones desconocidas había abandonado el puesto de tutor que ocupaba en la residencia familiar del cónsul Meyer en Burdeos desde hacía solo tres meses, pide un pasaporte y emprende a pie el viaje a Alemania, pasando por Angulema, París y Estrasburgo, donde el 7 de junio la policía le extiende un salvoconducto. Entre finales de junio y principios de julio, un hombre "pálido como un cadáver, macilento, con mirada salvaje en unos ojos hundidos, con la barba y el cabello crecidos, vestido como un mendigo" se presenta en casa de Friedrich Matthisson en Stuttgart, pronunciando "con voz cavernosa" una sola palabra: "Hölderlin". Poco después llega a su casa materna en Nürtingen, en un estado que una biografía escrita cerca de cuarenta años después describe con estas palabras: "Apareció con una expresión perturbada y gestos furiosos, en estado de la más desesperada locura [*verzweifeltsten Irrsinn*] y con una vestimenta que parecía confirmar su declaración de haber sido robado durante el viaje".

En 1861, el escritor Moritz Hartmann publicó en la "revista ilustrada para familias" *Freya*, con el título de "Hipótesis" [*Vermutung*], un relato que afirma haber escuchado, sin mayores señas de identificación, de *Madame S...y* en su castillo

de Blois. La mujer recordaba perfectamente que cincuenta años antes, a principios de siglo, con catorce o quince años había visto desde su balcón a

> un hombre que, según parecía, vagaba a campo traviesa sin rumbo fijo, como si nada buscara ni persiguiera fin alguno.
> Con frecuencia volvía atrás, al mismo punto donde había estado, sin percatarse de ello. Ese mismo mediodía tuve ocasión de encontrarlo, pero estaba tan absorto en sus pensamientos que se me adelantó sin verme.

↑ La torre a orillas del Neckar, como se muestra en una fotografía de 1868. Foto © Historic images / Alamy Foto de stock.